

Arthur Schnitzler: maestro del monólogo interior



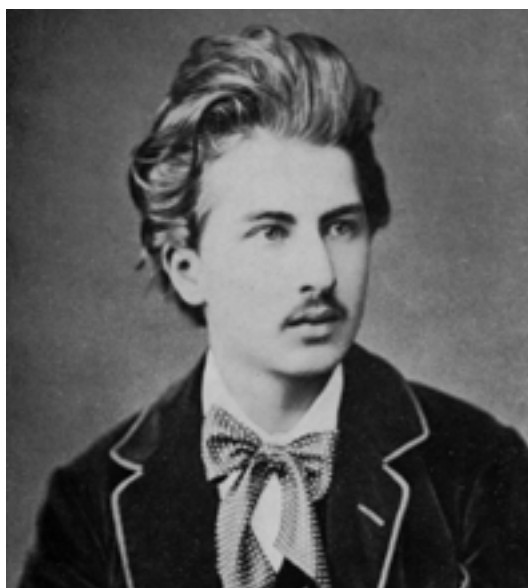
Dr. Juan Enrique Perea

Profesor Asistente de Medicina Interna.
Escuela de Medicina de la Universidad de Buenos Aires

Arthur Schnitzler nació en Viena el 6 de mayo de 1862. Cinco años más tarde, se creaba el Imperio Austrohúngaro (1867-1919) y Viena se convertía en la capital de un territorio compuesto por trece estados o territorios europeos.

Así, Schnitzler creció y se educó en la cosmopolita Viena imperial, centro comercial y cultural de austríacos, checos, húngaros, polacos, eslovacos, croatas, eslovenos, serbios, bosnios, rumanos y montenegrinos; con fuertes relaciones culturales y políticas con Alemania. Su abuelo era carpintero y su padre, Johann Schnitzler, un distinguido médico laringólogo. Su hermano menor Julius, también médico, se convirtió en un famoso cirujano y su cuñado, Markus Hajek, fue el creador de la cirugía sinusal endonasal.

Desde muy joven vivió apasionado por mujeres de distintos modos de vida, estrato social o nivel intelectual. Cuenta en sus memorias que, cuando era adolescente, mantuvo relaciones con una joven de salud dudosa. Su padre, al descubrir el vínculo, confrontó al joven Arthur con un atlas sobre sífilis que mostraba las consecuencias de la enfermedad. Sin embargo, la gran impresión que le causaron las imágenes que su padre le había mostrado con motivos pedagógicos no impidió que Schnitzler mantuviera relaciones con innumerables mujeres a lo largo de su vida y que alcanzara un profundo conocimiento del



Arthur Schnitzler, en 1878, un año antes de ingresar a la Facultad de Medicina de Viena.

mundo femenino. Sin duda, esto influiría fuertemente en el desarrollo de su obra literaria.

En 1902 nació su hijo Heinrich y un año más tarde se casó con Olga Gussman, la madre del niño, con la cual en 1909 también tuvo a Lili, su segunda hija. La pareja se divorció en 1921. Su hijo Heinrich fue director de teatro. Trabajó en Europa y en Broadway, y repuso obras de su padre. Murió en Viena en 1982, Lili se había

suicidado a los 19 años.

Schnitzler estudió en la Akademische Gymnasium. Era un joven brillante, con gran capacidad de lectura y observación, aunque conflictivo para sus profesores, ostensiblemente antisemitas. Desde joven tuvo que enfrentarse con el antisemitismo en Austria. Hecho que compartió con a otros famosos escritores, músicos y médicos judíos que vivían en el Imperio Austrohúngaro, como Franz Kafka, Gustav Mahler o Sigmund Freud. A él le inquietaba la cuestión del antisemitismo más desde una perspectiva psicológica que desde un aspecto político y social. En su autobiografía, recuerda que en 1882 la Asociación Estudiantil Germano Nacional dictó el célebre Decreto de Waidhofen, que intentaba establecer que todo hijo de madre judía carecía de honor por naturaleza y que era un sujeto inferior desde el punto de vista ético. Theodor Herzl, de origen judío y reconocido miembro de la hermandad estudiantil germano nacional, fue despreciado luego de la aparición de este decreto, y se transformó en el padre del sionismo político.

En el Gymnasium, Schnitzler llegó a escribir algunas obras de teatro, poemas y novelas cortas y, a los 18 años, publicó en una revista de Munich un poema y una pieza teatral.

Concluidos sus estudios, en 1879 Schnitzler se registró en la Facultad de Medicina de Viena, donde se recibió de médico en 1885. En sus memorias confiesa que desde niño había alimentado el sueño de ser médico y que eligió naturalmente esta carrera para emular a su padre, quien había alcanzado prestigio y riqueza. Dice, a su vez, que la vocación de médico era sin duda una parte esencial de su naturaleza

y que, paradójicamente, se desarrolló en él con tanta mayor determinación cuanto más ocasión tenía de alejarse del mundo de las obligaciones y responsabilidades de la profesión.

Poco antes de recibirse, Schnitzler escribe en su diario acerca de sus dudas entre la medicina y la literatura: "Olvido por completo qué y quién soy. Tengo la clara sensación de haber hecho una estupidez estudiando medicina. En primer lugar, soy un vago; en segundo lugar la vergonzante hipocondría a la que esta espantosa carrera, por lo que muestra y nos hace ver, me ha llevado en el curso de los años. Todavía no sé hasta hoy si tengo verdadero talento para escribir. Creo que por todos los poros de mi vida y de mi pensamiento me siento inclinado hacia ello como si la ley de la gravedad me empujase. Añoro ese mundo como si fuera mi hogar, y esto es algo que siento con toda claridad, y nunca lo he sentido con tanta claridad como ahora que estoy metido hasta el cuello en la medicina. Se está desarrollando en mi interior un sentimiento que parece melancolía. Pronto llegará el momento en que se haga la luz sobre mí mismo. Espera, muchacho, aún llegaré a conocerte a fondo". La crisis ya había comenzado y se resolvería ocho años más tarde.

Entre 1885 y 1888, mientras publica artículos médicos en la *Wiener Medizinische Presse* y en la *Internationale Klinische Rundschau*, también publica algunos poemas. En 1888 viaja a Berlín para especializarse en Otorrinolaringología. Hasta los 31 años fue asistente de su padre y, cuando éste murió en 1893, Schnitzler se dedicó a su propia práctica privada. Fue reconocido como un brillante cirujano y, además de la laringología, llegó a introducir el uso de la hipnosis para tratar la histeria.



Arthur Schnitzler a los 50 años.

Gradualmente fue abandonando sus actividades médicas, hasta que en 1903, a pesar del prestigio que había alcanzado, decide dejar la profesión y entregarse a la literatura.

La práctica y la educación médica que recibió a lo largo de su vida, y particularmente el psicoanálisis, influyeron fuertemente en el desarrollo de muchos de sus escritos. En un sentido amplio, varias de sus novelas son la consecuencia de estos conocimientos, ya que toda su obra se sustenta en un sutil análisis psicológico. Desde esta perspectiva, resulta de interés la carta que le envió Sigmund Freud a Schnitzler cuando éste cumplió 60 años:

“Debo hacerle una confesión que le agradeceré mantenga con usted y no comparta con ningún amigo. Me he hostigado a mí mismo preguntándome cómo en todos estos años nunca he buscado su compañía ni he disfrutado una conversación con usted (asumiendo que esto no habría sido inoportuno para usted). La respuesta es una confesión más íntima aún. Pienso que yo lo he evitado a usted por un tipo de intimidación de encontrarme con mi ‘doble’. En general no me inclino fácilmente a identificarme con otro, y he deseado pasar por alto las diferencias entre nuestros talentos que puedan separarnos, pero sea como sea estoy profundamente interesado en sus bellas creaciones en las que siempre me ha parecido hallar detrás de su brillo poético las mismas presuposiciones, intereses y conclusiones que me son familiares. Su determinismo, su escepticismo, su profunda comprensión de las verdades del inconsciente y de la naturaleza biológica del hombre, la forma en la que usted despedaza las convenciones de nuestra sociedad, y la importancia con la que sus pensamientos están preocupados

con la polaridad entre el amor y la muerte; todo ello me moviliza con un extrañamiento de familiaridad. Pero la impresión con la que he estado cargando es que usted conoce a través de la intuición, a través de una delicada observación, todo lo que yo he descubierto en otras personas por un laborioso trabajo”.

En un libro que publicó sobre aforismos y reflexiones (*Aphorismen und Betrachtungen*), Schnitzler dice que ser artista “significa saber pulir las superficies rugosas de la realidad hasta que reflejen el infinito entero, desde las cumbres del cielo a las hondanadas del infierno”. Sobre esas superficies de sustancia literaria, el escritor pone al descubierto el mismo mundo humano que Freud laboriosamente descifraba en su consultorio.

Schnitzler creía que no era mejor artista el que dibujaba a un héroe con medios insuficientes, sino el que sabía retratar con vigor a un alfeñique. En este sentido, el valor de su literatura reside en la vehemencia con que describe la mente de personajes comunes. Para él, una obra de arte nunca trataba un problema por sí mismo, sino el destino del problema en un personaje. De allí, que el verdadero personaje hiciera la obra de arte.

Schnitzler utilizó el monólogo interior en muchas de sus obras de teatro y novelas, y si bien James Joyce publicó *Ulises* en 1922, él fue el primer escritor en lengua alemana en hacer uso de este recurso literario. En su novela *La Señorita Elsa* (1924) el procedimiento introspectivo y psicológico alcanza probablemente su máxima expresión. Todo el libro es el fluir del pensamiento de Elsa, una joven de 19 años cuyo ser, dramas y agonías se exhiben a lo largo de las páginas. Su monólogo interior



Lápida de Arthur Schnitzler, su hermano y su hijo en el cementerio de Viena.

nos da una sensación única de autenticidad: asistimos a las dudas de la joven, su relación con la madre y el padre, su ubicación en el mundo, los mandatos familiares. El pudor femenino y el miedo a perder la virginidad (que se vive como una profanación) son el motivo de la construcción paranoica que Schnitzler describe magistralmente en esta novela breve.

En el caso de *Huida hacia las tinieblas*, publicada en 1931, el autor penetra -mediante el procedimiento de la introspección psicológica- en la mente enferma de Robert y describe su inexorable caída en la locura. En lo que respecta a la representación del desarrollo de la demencia paranoica, es una obra única.

La declinación del Imperio Austrohúngaro generó una atmósfera que Schnitzler describió en buena parte de su obra, destacando la melancolía, el escepticismo, la indiferencia y el énfasis en los aspectos eróticos de la vida.



"Eyes wide shut", de Stanley Kubrick (1999)

Arthur Schnitzler murió en Viena el 21 de octubre de 1931. Había escrito más de cien obras literarias, un libro de aforismos y una autobiografía.

Schnitzler en el cine

En 1926 publica la novela *Traumnovelle*,

traducida al castellano como *Relato soñado*. Fridolin, un médico clínico vienés de treinta y cinco años, está casado con Albertine, y juntos tienen una niña de seis años. La noche anterior han concurrido a un baile de disfraces donde ambos han sido cortejados, Fridolin por dos mujeres y Albertine por un extraño. De pronto, ambos acontecimientos, hasta entonces insignificantes, se bañan en el resplandor de las ocasiones perdidas y aparecen preguntas recelosas y ambiguas. Ambos dudan de la sinceridad del otro, se inclinan a la venganza y exageran el grado de atracción que los extraños ejercieron sobre ellos. Surgen los celos. De la charla ligera sobre la noche anterior pasan a una conversación sobre los deseos escondidos de ambos. Tratan con sucia curiosidad, dice Schnitzler, de extraerse mutuamente confesiones. La desconfianza crece y la tensión comienza a hacerse insoportable hasta que Albertine hace una confesión que nunca debería haber hecho. Le cuenta a Fridolin que en el verano anterior había visto a un joven mirarla fugazmente y le detalla: "Me sentí conmovida como nunca. Durante todo el día permanecí echada en la playa, perdida en mis sueños. Si me hubiera llamado, no hubiera podido resistirme. Me creía dispuesta a todo; creía estar prácticamente decidida a renunciar a ti, a la niña y a mi futuro, y al mismo tiempo (¿puedes comprenderlo?) me eras más querido que nunca. Precisamente esa tarde, te acordarás aún, ocurrió que hablamos con toda confianza de mil cosas. A la puesta del sol estábamos sentados en el balcón, tú y yo, y él pasó abajo por la playa, sin levantar la vista, y me sentí feliz al verlo. A ti, sin embargo, te acaricié, y en ese amor mío por ti había al mismo tiempo mucha compasión dolorosa. A la mañana siguiente me desperté con cierta angustia". A continuación, Fridolin narra su encuentro con una joven por la que ha sentido una

fuerte conmoción.

Las fantasías ocultas de los dos se incorporan a la realidad y modifican el destino. Ambos sufren una forma de engaño. En Fridolin aparece el rencor y, a modo de venganza, esa noche intenta varios encuentros sexuales clandestinos. Es la noche del riesgo y la incertidumbre, en clara contraposición a su rutina protectora, a la certeza de una vida familiar y profesional de la que disfrutaba hasta pocas horas antes. Fridolin busca una transformación, probar su audacia y su valor, y toma riesgos.

La confusión y el cansancio se apoderan de la pareja. En dos días recorren un enorme círculo psicológico, que en un primer movimiento los aleja y que luego necesariamente los reencuentra. Hacia el final de la novela, en Fridolin aparecen la vergüenza y el remordimiento; en Albertine, la compasión; y en ambos, la comprensión. Schnitzler escribe sobre Fridolin: "Había tenido continuamente delante de sus ojos a su esposa como la mujer que buscaba". De esta manera, salen liberados de aventuras reales y soñadas.

La novela de Schnitzler *Relatos soñados* fue llevada al cine en 1999, con la producción y dirección del cineasta norteamericano Stanley Kubrick. Se tituló "Eyes wide shut" y en Argentina se conoció como "Ojos bien cerrados". En la película, William Harford (Fridolin), interpretado por Tom Cruise, es un exitoso médico clínico neoyorquino casado con Alice (Albertine), interpretada por Nicole Kidman. Tienen una hija y viven frente al Central Park. La película es un soberbio relato del viaje psicológico y erótico de ambos, desde el engaño inicial hasta la reconciliación final. "Eyes Wide Shut" fue la última película de Kubrick. El director murió en Inglaterra pocos días antes de poder acabar el montaje definitivo.